En la guerra de Treinta años se suprimió la horquilla y se reemplazó la mecha por un pedernal, *fusil*, que dió nombre al arma. Más tarde se inventó la *bayoneta*, que se introducía en el cañón del arma haciendo de pica.

El soldado podía combatir de este modo tanto á lo lejos como de cerca sin quedar nunca desarmado. Entonces fueron inútiles los piqueros, por lo cual se les armó como á los demás. Los mejores soldados llevaban

Combate de caballería en el siglo XVII.

granadas para lanzarlas con una mecha encendida en las filas del enemigo; estos *granaderos* marchaban en la infantería. — La bayoneta introducida en el cañón del fusil tenía todavía un defecto, el de gastar tiempo é impedir el tiro. En el combate de Killicrankie (1688) los soldados ingleses estaban clavando sus bayonetas en el aañón después de haber tirado, cuando les cayeron encima los escoceses, derrotándolos sin dejarles acabar cquella operación. Á fines del siglo XVII se corrigió este

defecto, inventando la bayoneta que se adapta alrededor de la boca del fusil.

La caballería, muy perfecionada por entonces, fué el arma principal en el siglo XVII; ella decidió casi todas las batallas en la guerrra de Treinta años; en 1692, en Steinkerque, la de la casa real de Francia desbandó al enemigo. Entonces era principio admitido que la infantería no puede resistir á la caballería en campo raso.

Las fortificaciones. — La artillería se transformó también. En vez de largas piezas irregulares, hubo cañones de calibre regular, que lanzaban balas de hierro; á fines del siglo XVII se inventaron los *obuses* y los *morteros* portátiles para disparar bombas, y se destinó personal especial á servir las piezas: el de Francia formaba el regimiento de *Real-artillería*.

Para resistir á estos nuevos aparatos, fué preciso transformar las fortificaciones. Las elevadas murallas de piedra servían de blanco á los cañones, que las deshacían pedazo por pedazo, con tanta mayor facilidad cuanto más altas eran. Así fué que en el siglo XVII se renunció á las *fortificaciones dominantes* y se adoptó el sistema contrario. En vez de elevar el baluarte, se procuró ocultarlo para que no pudiesen llegar á él las balas. Construíase entonces una muralla pequeña y gruesa, cubriéndola con un talud de tierra llena de cesped, donde las balas penetraban sin destruir nada. Ese baluarte está rodeado por un foso, pero no más abajo que él, como en los antiguos castillos, sino á su misma altura: lo forma por un lado el baluarte y por otro un talud de igual elevación que va inclinándose suavemente hasta confundirse con la campiña inmediata, ocultando de esta manera la fortificación á la vista del enemigo. Éste no ve más que la línea del segundo talud

y por detrás el talud del baluarte, mientras que él se encuentra expuesto por su parte al tiro de los cañones ocultos de la plaza. Los torreones de los ángulos son reemplazados por bastiones también invisibles de lejos y cubiertos de tierra. Tal fué el sistema de las *fortificaciones rasantes*, que Vauban aplicó á todas las plazas de Francia.

Contra este nuevo sistema de defensa se imaginó otro de ataque. El sitiador abre fosos largos y profundos, las *zanjas* ó *zapas*, y avanza á cubierto, hasta encontrarse

Sitio de Cambrai por Luis XIV.

bastante cerca del baluarte y poder dar el asalto. Entre tanto, lanza bombas contra la ciudad, incendiando las casas, los arsenales, y los cuarteles, y obligando á la guarnición á refugiarse en las *casamatas* hechas debajo del baluarte.

La guerra. — Durante la guerra de Treinta años, no se operaba sino con ejércitos pequeños; Tilly decía que un general no debe mandar nunca más de 40,000 hombres; pero un cuerpo de este efectivo representaba más de 100,000 personas. Como no había servicio de suministros ni ambulancias, los soldados llevaban consigo

mujeres, niños y criados con carretas en que iban sus utensilios y su botín. Á medida que los gobiernos se encargaron de atender á las necesidades de las tropas en campña, disminuyó el tren, pero sin desaparecer completamente.

La campaña no empieza hasta la primavera, pues se necesitan prados y trigos verdes para mantener los caballos. El objetivo es en general apoderarse de las

Séquito de un ejército en tiempos de Luis XIV.

plazas fuertes; el ejército acampa delante de una de éstas y le pone sitio. Casi todas las guerras de Luis XIV fueron de este género y cuando se daba batalla era para levantar un cerco ó rechazar al ejército que pretendía socorrer á los sitiados.

Las grandes invasiones son escasas y la guerra se limita casi siempre á las provincias fronterizas. Por esto no era casi nunca decisiva.

Las operaciones terminan á fines del otoño; la cam-

paña acaba, y los soldados construyen barracas donde pasan el mal tiempo sin combatir; esto se llama *tomar cuarteles de invierno*. Es muy raro que la guerra termine en una campaña; lo general es que dure muchos años, casi siempre hasta que una de las potencias beligerantes se queda sin dinero.

El derecho de guerra. — Los ejércitos pelean por oficio y sin odio nacional. Los oficiales de ambos campos se tratan con los miramientos naturales entre gentiles hombres, que á lo mejor se han conocido y se han tratado en los días de paz; en cuanto á los soldados, se consideran como hermanos de armas que cumplen con su deber al servicio de distintos señores. — Los prisioneros son bien tratados y es frecuente dejarlos en libertad bajo palabra. Durante la guerra de Treinta años se conservaba la antigua costumbre de imponerles rescate. En el siglo XVIII, los gobiernos cangeaban ó rescataban sus prisioneros.

Pero por lo que toca á los habitantes de los países invadidos, no había con ellos conmiseración. La defensa de sus pueblos ó cualquier acto de hostilidad les costaba la vida. Cuando Luis XIV entró en Holanda, lanzó la proclama siguiente : « Los que no quieran someterse y que pretendan resistir á las fuerzas de Su Majestad rompiendo los diques, serán castigados con sumo rigor. » Louvois escribía á Créquy: « Habiendo considerado Su Majestad que las plazas del Sr. de Lorena están mal pertrechadas, que no pueden esperar ningún socorro y que, en consecuencia, defenderlas es *una temeridad* que merece castigo ejemplar, ha resuelto que cuantos jinetes, soldados, milicianos ó habitantes lorenos hayan contribuído á la defensa de la plaza, serán mandados á galeras, sino se rescatan por 100 escudos cada uno. » En 1744, los generales austriacos que invadieron la Alsacia declararon que, si los habitantes resistían, se les ahorcaría « después de obligarlos á cortarse por sí mismos las ojeras y la nariz. »

Entonces se admitía que la plaza tomada por asalto pertenecía á los soldados; éstos mataban y saqueaban á su gusto. Era principio corriente que el ejército tiene derecho á vivir sobre el país invadido, y el gobierno no suministra á sus tropas víveres ni forrajes, dejando que ellos se los procuren. Es frecuente que impongan contribuciones de guerra á los burgueses; las llamaban extraordinario de guerra y en los cálculos contaban con los recursos así obtenidos. Sí los habitantes no dan lo que les piden, pegan fuego á sus casas. El mariscal de Luxemburgo escribía en 1672 : « Nunca han sido los ataques de calentura tan regulares como nuestra costumbre de quemar cada dos días á los que son bastante tontos para obligarnos á ello. » Era casi un derecho admitido. Cuando Turena empezó á incendiar el Palatinado, el príncipe elector le escribió : « Me parece que llevando las cosas con todo rigor, no se pega fuego más que á los pueblos que niegan las contribuciones. » Louvois fué más allá, y mandó devastar esa región entera, por más que Luis XIV no estaba en guerra con el elector palatino, y esto á fin de que el enemigo no encontrara recursos. Los habitantes tuvieron que abandonar sus casas, y medio millón de seres humanos quedó sin abrigo. Todas las ciudades y aldeas ardieron, y las tropas francesas, después de talar los campos, volaron con minas el castillo de Heidelberg.

Cuando los gobiernos procedían de esta manera sin recatarse, se puede imaginar cuál era la conducta de los soldados. Los ejércitos mal disciplinados abundaban en merodeadores que salían de las filas para robar. En ocasiones se hacía un ejemplo, colgando de los árboles á

una banda entera, pues era privilegio de los soldados que no los ahorcasen sino en un árbol ó en un patíbulo militar; pero era muy raro que los habitantes obtuvieran justicia; los jefes no gustaban de tomar partido contra sus hombres en favor de gentes desconocidas. Los generales más populares, como Wallenstein y Turena (*el padre de los soldados*) eran durísimos con el pueblo, y las tropas sabían que todo les era lícito. No contentos con robar, atormentaban y asesinaban para entretenerse. Las bandas de la guerra de Treinta años fueron más

Los ahorcados; dibujo de Callot.

terribles que los Despellejadores; los húngaros de Dampierre les cortaban las manos á los niños y se las ponían en sus sombreros; los soldados de Mansfeld echaban á los campesinos en hogueras; los de Tilly cortaban los pechos á las mujeres, y los brazos, piernas, nariz y orejas á los pastores protestantes; los croatas daban sus prisioneros á los perros, los ponían de blanco para tirar y les echaban en la boca plomo derretido. Al terminar la guerra habían muerto en las mantazas ó de miseria en los bosques la mayor parte de los rurales; Alemania perdió en esa lucha las cuatro quintas partes de su población; en 1618, antes de la guerra, tenía ese país tantos

habitantes y cabezas de ganado como en 1848; para reparar tan inmensos desastres ha necesitado dos siglos.

Guerras marítimas. — La marina había realizado grandes progresos. En el Mediterráneo usaban todavía las *galeras*, buques rápidos movidos á remo. Los hombres encargados de este trabajo fueron durante la edad media esclavos turcos, y en el siglo XVII principalmente

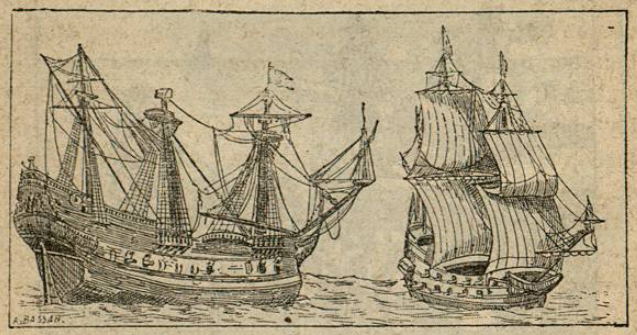
Oficiales y soldados de marina en el siglo XVII.

criminales condenados, que eran atados á su banco y que un capataz vigilaba látigo en mano. El gobierno de Luis XIV completó las tripulaciones en más de un caso con contrabandistas, protestantes y mendigos, y en distintas ocasiones encargó á los jueces que condenasen á galeras el mayor número posible de individuos.

En el Océano, donde se navegaba á vela, los holandeses pusieron en uso los *buques de alto bordo*, de vela cuadrada y armados de cañones. Á partir de mediados

del siglo XVII, Francia é Inglaterra sostuvieron grandes escuadras militares. — Colbert organizó en Francia, para reclutar las tripulaciones, las *matrículas de mar*, esto es, el servicio obligatorio de todos los marinos de la costa. Inglaterra prefirió el alistamiento voluntario; pero si éste no bastaba, cerraban los puertos, cogían á todos los marineros mercantes que no andaban listos y los hacían servir por fuerza. Esta costumbre duró hasta mediados del siglo presente.

La guerra marítima no era solamente una lucha entre



Buques de alto bordo en el siglo XVII.

dos escuadras, sino que los barcos de guerra apresaban los navíos mercantes de la nación enemiga, y su cargamento se vendía en provecho del Estado. — El gobierno llegó hasta autorizar á particulares para que armasen con cañones un buque, destinándolo á *correr* detrás de los bajeles de comercio enemigos; esto se llamaba *armar en corso*. Los *corsarios* recibían *patentes de corso* y podían hacer presas por cuenta propia sin ser considerados como piratas. Este oficio se consideraba honroso : uno de los marinos franceses más célebres, Juan Bart, hizo su fama como corsario. Los armadores de Dunkerque y

de Saint-Malo se enriquecieron en el corso contra barcos ingleses; los de este último punto apresaron en nueve años 260 barcos de guerra y 3480 mercantes.

XXVII. — INGLATERRA Y LA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL.

MACAULAY, *Historia del reinado de Jacobo II. — Historia del reinado de Guillermo III. — Ensayos.* — GUIZOT, *Historia de la revolución de Inglaterra.* — GREEN, *Historia del pueblo inglés.*

El Parlamento inglés. — Los reyes de Inglaterra se habían acostumbrado á la idea de que no podían cobrar ningún impuesto sin voto previo del Parlamento. Este se hallaba dividido en dos Cámaras desde fines del siglo XIII. La de los *lores* ó *Cámara alta* se componía de los obispos y de los señores (lords) á quienes el rey mandaba una convocatoria personal; en consecuencia, el soberano tenía derecho para citar y hacer lord á quien le parecía; pero cuando uno había asistido á las sesiones como lord una vez, tenía derecho para ser llamado siempre en adelante, y este derecho se transmitía de hijo primogénito en hijo primogénito. La *Cámara de los comunes* ó *Cámara baja* se componía de diputados de tres clases, unos elegidos por la asamblea de los propietarios del condado, los otros por los burgueses de las ciudades del reino ó por los habitantes de ciertas localidades que tenían derecho electoral. Las dos cámaras deliberaban y votaban separadamente, pero ambas se reunían en la misma población, casi siempre Westminster, donde residía el rey. La legislatura no duraba más que el tiempo que quería el soberano, y en Inglaterra es todavía principio de gobierno que el rey tiene derecho para disolver el Parlamento. Sin embargo, la costumbre era que hubiese una legislatura al año; sólo una vez ocurrió, en la época de las guerras civiles,